

SECUESTRADOS EN COLOMBIA

El secuestro es un fenómeno que recibe poca atención internacional salvo que entre los afectados se encuentren figuras prominentes como la ex -candidata presidencial Ingrid Betancourt, secuestrada por guerrilleros de las FARC en febrero del 2002. El gobierno francés y los partidos verdes de Europa han trabajado intensamente a favor de su liberación, esfuerzos hasta ahora vanos.

Desde hace décadas Colombia es un país desgarrado por la violencia. La guerra civil ha dejado un saldo de miles de muertos y convertido al país en uno de los más peligrosos con un récord mundial de secuestros.

Los grupos guerrilleros Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN), han sido responsables de más de 20.000 secuestros desde 1997, según cifras de la organización colombiana País Libre. Sin embargo familiares de secuestrados sostienen que las cifras oficiales sobre el secuestro en Colombia están muy por debajo de la realidad pues la mayoría de las familias afectadas no denuncian por temor a represalias.

Según cifras de la OMS, la cotidianidad colombiana está caracterizada por una violencia generalizada con alrededor de 26.000 homicidios al año. El conflicto colombiano, uno de los más antiguos del mundo, ha sido impulsado por la producción y tráfico de estupefacientes. Según cifras oficiales, tan sólo las FARC, recaudan anualmente entre \$300 y \$800 millones de dólares al año a través del narcotráfico, el secuestro y otras operaciones clandestinas.

En la actualidad hay en Colombia más de 700 personas privadas de su libertad en las condiciones más miserables y denigrantes que un ser humano puede padecer. No son sólo los 45 secuestrados ilustres, son civiles, hombres, mujeres, ancianos y niños olvidados en las selvas de Colombia a la espera que un día puedan ser liberados por el gobierno o que las condiciones impuestas por sus captores sean aceptadas. Es doloroso escuchar como Kyle el hijo de Keith Stansell, uno de los norteamericanos retenidos en la selva, ha crecido en este país, sabiendo que su padre es el “trofeo de guerra” de un grupo de bandidos, o los hijos de Ingrid Betancourt, o los de los soldados que llevan casi 10 años en poder de la guerrilla.

Cómo llamaría usted a una persona que explota un cilindro de gas contra una población indefensa, que vuela una torre de energía para dejar a oscuras a un pueblo humilde, que carga un animal o un cadáver con explosivos para lograr sus propósitos perversos. Cómo calificaría usted a una persona que secuestra a un niño, que lo priva del amor y la protección de sus padres. O a una que amarra con cadenas al cuello a otra, que la entierra en un hueco o la encierra en un cerco de alambre como al ganado... No sé usted, pero yo pensaría que es una bestia, un asesino, un terrorista.

Las declaraciones del presidente Hugo Chávez de quitar la denominación de terrorista a los grupos subversivos en Colombia fue la bofetada más grande que han recibido los colombianos en toda su historia. Quizás el presidente Chávez no ha sufrido

como han sufrido los colombianos la angustia de vivir en el estado de terror que han creado las FARC y el ELN. No ha vivido en la zozobra de saber que una persona sale por la mañana de la casa sin saber si se regresará. Hay que ir conduciendo y mirando el espejo retrovisor constantemente por si te siguen; cambiando la ruta todos los días; buscando un lugar donde esconderse en caso de que se produzca en plena calle un movimiento inesperado de la guerrilla.

El mundo debe saber lo que ha sufrido Colombia. Un respaldo o un reconocimiento a los grupos guerrilleros es como una puñalada en el corazón de gente buena que ha visto cómo corre la sangre de los suyos en una guerra absurda contra unos pocos, quienes a base de terror y miedo tiene en jaque a la democracia.

A las cosas hay que llamarlas por su nombre, si las FARC o ELN actúan como terroristas, son terroristas. Colombia necesita el apoyo de la comunidad internacional. No se puede negociar la dignidad de un pueblo para lograr la liberación de unos pocos por el simple hecho de complacer a gobiernos internacionales.

Actualmente Colombia necesita que la democracia sea la que la rijan y no el miedo.

Por su parte el gobierno colombiano anunció que estudia iniciativas para avanzar en el proceso de paz con dicha fuerza guerrillera con la que mantiene acercamientos desde junio del 2004, pese a que el grupo rebelde había rechazado previamente una propuesta de paz del presidente Álvaro Uribe.

La administración Uribe mantiene una compleja negociación de paz con los escuadrones paramilitares de ultraderecha, que combaten a la guerrilla en medio de un conflicto interno que dura más de cuatro décadas y deja miles de muertos al año.

Las negociaciones del gobierno colombiano busca que antes de concluir el 2005, la totalidad de los 20.000 combatientes paramilitares depongan las armas y se reintegren a la vida civil. Sin embargo el gobierno de Bogotá no mantiene ningún acercamiento con la principal fuerza rebelde, las FARC, que cuentan con más de 17.000 combatientes.

Un comando de las FARC pidió al Congreso de Colombia una reforma constitucional para frenar la extradición masiva de ciudadanos a los Estados Unidos, que calificó “violación de la soberanía nacional”. En los últimos dos años y medio el gobierno de Álvaro Uribe ha entregado a jueces de Estados Unidos a 260 acusados de narcotráfico y blanqueo de dinero. El presidente Uribe ha dicho estar dispuesto a un intercambio humanitario, condicionado a que se devuelvan todos los secuestrados, sin hacer discriminaciones.

Carlos Benítez Villodres

Málaga - España

<http://www.carlosbenitezvillodres.es>